

Mario acababa de caer en un avispero de talentos, pero aunque silencioso y grave, no era el menos alado ni el peor armado.

Mario, hasta entonces grave y aficionado al monólogo y al aparte, por costumbre ó por inclinación, se quedó como amilanado por aquella bandada de jóvenes que le rodeaba. Todas aquellas iniciativas le llamaban y atraían á un tiempo en diversos sentidos. El tumultuoso vaivén de todos aquellos espíritus libres en acción, envolvían sus ideas como un torbellino, tanto, que en medio de su turbación se llevaba tan lejos alguna de ellas, que le costaba trabajo recogerlas. Oía hablar de filosofía, de literatura, de artes, de historia y de religión de una manera inesperada. Vislumbraba extraños aspectos, y como no los colocaba en perspectiva, no estaba seguro de no encontrar el caos. Al dejar las opiniones de su abuelo por las de su padre, había creído adquirir ideas fijas; pero entonces llegó á suponer con inquietud, y sin atreverse á asegurarlo, que no las tenía. El prisma desde el cual lo veía todo empezaba de nuevo á moverse. Ciertas oscilaciones conmovían todo el horizonte de su cerebro. Raro batiburrillo interior que en realidad le mortificaba.

Parecía que para aquellos jóvenes no "había nada sagrado". Mario oía, en primer lugar, un lenguaje singular, que mortificaba su espíritu tímido todavía.

Se le presentaba un cartel de teatro, adornado con un título de tragedia del antiguo repertorio llamado clásico:—¡Abajo la tragedia favorita de los burgueses! —exclamaba Bahorel. Y Mario oía como Combeferre replicaba:

—Te equivocas, Bahorel; los burgueses gustan de la tragedia, y debemos en este punto dejarlos tranquilos. La tragedia de peluca tiene su razón de ser, y yo no soy de los que, á nombre de Esquilo, le disputan el derecho á la vida. En la naturaleza hay esbozos, como hay en la creación parodias hechas y derechas; un pico que no es pico, alas que no son alas, aletas que no son aletas, patas que no son patas, y un grito doloroso que mueve á risa: tal es el pato. Pero, supuesto que la volatería existe al lado del ave, no veo la razón porque la tragedia clásica no pueda vivir frente á frente de la tragedia antigua.

Y quiso la casualidad que Mario pasase por la calle de Juan Jacobo Rousseau entre Enjolrás y Courfeyrac.

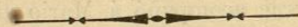
Courfeyrac le tomó del brazo diciéndole:—Oye bien. Esta es la calle de la Teresa, llamada hoy de Juan Jacobo Rousseau, por haber vivido en ella una familia muy original, hace unos sesenta años. Esta familia se componía de Juan, Jacobo y Teresa. De cuando en cuando nacía aquí alguna criatura, Teresa la daba al mundo y Juan Jacobo á la Inclusa.

Y Enjolrás respondía á Courfeyrac:

—¡Silencio ante Juan Jacobo! ¡Es hombre á quien admiro! Renegó de sus hijos, es verdad, pero prohibió al pueblo.

Ninguno de aquellos jóvenes pronunciaba esta palabra: el emperador. Juan Prouvaire solamente decía alguna vez: Napoleón; todos los demás decían Bonaparte, y Enjolrás pronunciaba "Buonaparte".

Mario se admiraba vagamente. "Initium sapientiae".



IV

La sala interior del café Musain.

Una de las conversaciones entre aquellos jóvenes, conversaciones á las cuales asistía Mario, tomando en ellas parte alguna vez, produjo un verdadero sacudimiento en su espíritu.

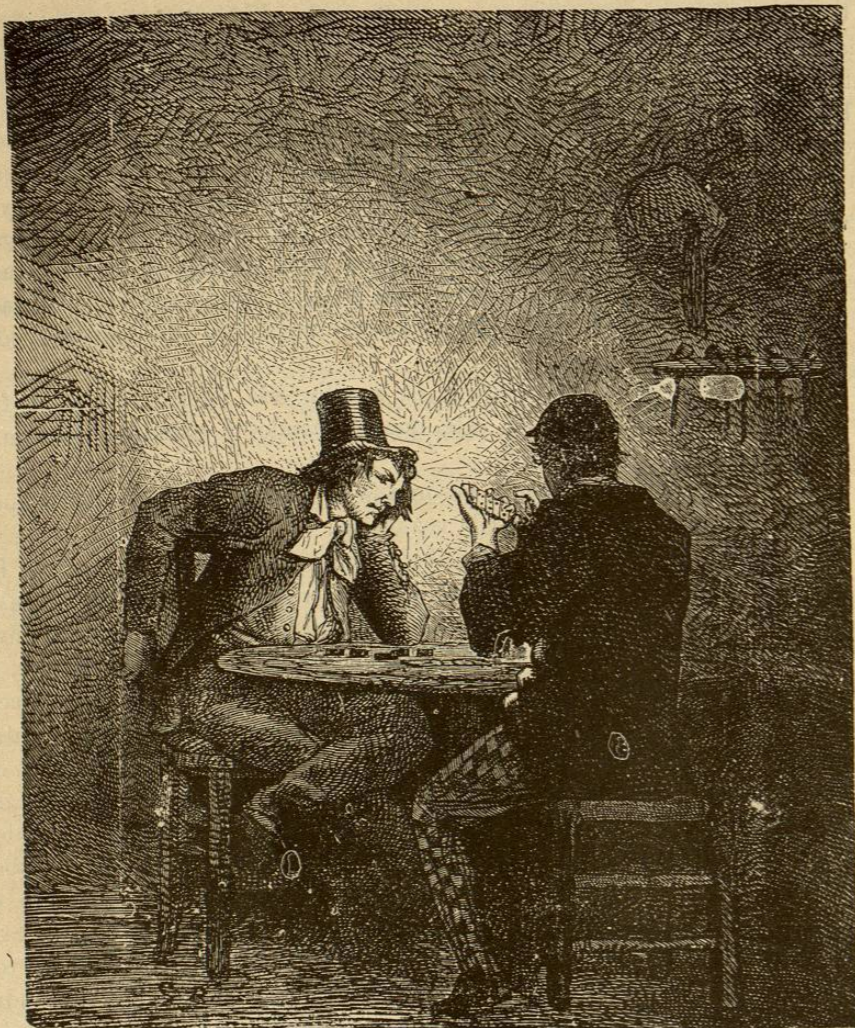
Pasaban estas escenas en la sala interior del café Musain. Casi todos los amigos del A B C se encontraban aquella noche reunidos allí. El quinqué era la única luz de la sala. Se hablaba de unas cosas y de otras, pero sin pasión y con ruido. Excepto Enjolrás y Mario que se callaban, cada cual echaba su discurso. Las conversaciones entre camaradas son muchas veces pacíficamente tumultuosas. Era aquello tanto como una conversación, un juego y una confusión. Lanzábanse unos á otros frases que eran inmediatamente recogidas. Se hablaba en los cuatro extremos.

Ninguna mujer podía ser admitida en aquella sala interior, como no fuese Luisita, la fregona de la vajilla del café, que de cuando en cuando la cruzaba para ir del fregadero al "laboratorio".

Grantaire, completamente ebrio, ensordecía el rincón de que se había apoderado, razonando y anterazonando á toda voz, decía:

—Tengo sed. Mortales, esto es un sueño: estoy soñando que el tonel de Heidelberg sufre un ataque apoplético, y que yo soy una sanguijuela de la docena que van á aplicarle. Quisiera beber. Deseo olvidar la vida. La vida es una invención repugnante de no sé quién. Es una cosa que no vale nada ni nada dura, por dura que sea, y á pesar de ello se cansa uno viviendo. La vida es una decoración muy poco practicable. La felicidad es solamente una ventana antigua pintada sólo por un lado. El Eclesiástico dice: Todo es vanidad, y yo pienso como este buen hombre que, tal vez, no ha existido jamás. El cero, no queriendo ir desnudo, se ha vestido de vanidad. ¡Oh vanidad, que todo lo revistes de palabras grandes! Una cocina es un laboratorio; un bailarín, un profesor; un saltimbanquis, un gimnasta; un boxador, un pugilista; un boticario, un químico; un peluquero, un artista; un albañil, un arquitecto; un jockey, un sportmán; un escarabajo, un pletirigibranquio. La vanidad tiene derecho y revés; el derecho es tonto, es el negro con sus chucherías; el revés es necio, es el filósofo con sus andrajos. Lloro por el uno y me río del otro. Los que se llaman honores y dignidades, como la dignidad y el honor mismo, son generalmente oropes. Los reyes juegan con el orgullo humano. Calígula hizo cónsul á un caballo; Carlos II hizo caballero á un filete de vaca. Enorgulleceos pues ahora entre el cónsul Incitatus y el barón Roastbeef. Tampoco el valor intrínseco de las personas es más respetable. Oid el panegírico que hace el vecino del vecino. Lo blanco contra lo blanco es cosa horrible; si la azucena hablara, ¡cómo saldría de su lengua la paloma! Una mojegata, hablando de una devota, es más virulenta que el áspid y que el hungaro azul. ¡Ástima que yo sea un ignorante, porque os haría una porción de citas; pero no sé nada. Siempre he tenido ingenio; por ejemplo, cuando era discípulo

de Gros, en vez de embadurnar cuadritos, pasaba el tiempo robando manzanas; rapaz es el msaculino de rapiña. Esto en cuanto á mí. En cuanto á vosotros valéis otro tanto. Yo me río de vuestras perfecciones, excelencias y cualidades. Toda cualidad se hunde en un defecto; la economía linda con la avaricia; la generosidad con la prodigalidad; el valor con la fanfarronería; mucha piedad equivale á fanatismo: hay tantos vicios en la virtud como agujeros en el manto de Diógenes. ¿A quién admiráis, al matador ó al muerto? ¿A César ó á Bruto?



Generalmente al matador. ¡Viva Bruto! puesto que mató. Esta es la virtud. Virtud, sí, pero también locura. Estos grandes hombres tienen faltas muy especiales. El Bruto que mató á César estaba enamorado de la estatua de un niño. Esta estatua era del escultor griego Estrongilión, que había modelado igualmente aquella figura de amazona llamada Bella Pierna, Eucnemos, que Nerón llevaba consigo en sus viajes. Estrongilión no dejó más que dos estatuas que pusieron de acuerdo á Bruto y á Nerón. Bruto se enamoró de una y Nerón de otra. La Historia no es sino una repetición continuada. Un siglo plagia á otro. La batalla

de Marengo es copia de la Pydna; el Tolbiac de Clodoveo y el Austerlitz de Napoleón, se parecen como dos gotas de sangre. Yo doy poca importancia á la victoria. No hay nada tan estúpido como vencer; la verdadera gloria está en vencer. Pero ¡tratad de probarme alguna cosa! Os contentáis con el éxito: ¡qué medianías! Con la conquista, ¡qué miseria! ¡Ah! Vileza y vanidad en todo. Todo obedece al éxito, incluso la gramática: "Si volet usus", dice Horacio. Por lo tanto, desprecio al género humano. ¿Descenderé ahora del todo á la parte? ¿Queréis que admire á los pueblos? ¿Qué pueblo queréis? ¿Grecia? Los atenienses, es decir, los parisienses de entonces, mataban á Foción, como si dijéramos Coligny, y adulaban á los tiranos hasta el punto de que Anacéforo dijera á Pisistrato, su orín atrae las abejas. El hombre más notable de Grecia, en el espacio de cincuenta años, fué el gramático Filetas, que era tan diminuto, que tenía que ponerse plomo en los zapatos para que no se lo llevase el viento. En la gran plaza de Corinto había una estatua esculpida por Silarión, y citada por Plinio en su catálogo; representaba á Epistato. ¿Y, qué había hecho Epistato? Había inventado la zancadilla. Esto resume la Grecia y la gloria. Pasemos á otros pueblos. ¿Admiraré á Inglaterra? ¿Admiraré á Francia? ¡A Francia! ¿Y por qué? ¿Porque tiene un París? Acabo de deciros mi opinión con respecto á Atenas. ¿A Inglaterra? ¿Y por qué? ¿Porque tiene un Londres? Odio á Carriago. Además, Londres, metrópoli del lujo, es capital de la miseria. Solamente en la parroquia de Charing Cros, mueren anualmente cien personas de hambre.

Tal es la Albión. Y para terminar, añado, que he visto bailar á una inglesa con corona de rosas y anteojos azules. Así pues, ¡una higa para Inglaterra! Si no admiro á John Bull, ¿admiraré á su hermano Jonathan? Me hace muy poca gracia este hermano que tiene esclavos. Salvo el "Times is money", ¿qué queda de Inglaterra? Salvo el "cotton is King", ¿qué queda de América? Alemania es la linfa: Italia la bilis. ¿Nos extasiaremos ante Rusia? Voltaire la admiraba; pero también admiraba la China. Convengo en que Rusia tiene sus bellezas, entre otras, un gran despotismo; pero compadezco á los déspotas: son delicados de salud. Un Alejo decapitado, un Pedro asesinado á puñaladas, un Pablo estrangulado, otro Pablo aplastado á trancazos, varios Juanes, muchos Nicoláses y Basilio envenenados; todo lo cual indica que el palacio de los emperadores de Rusia está en flagrantes condiciones de insalubridad. Todos los pueblos civilizados ofrecen á la meditación del pensador un hecho: la guerra. Pero la guerra civilizada agota y generaliza todas las formas del monte Jaxa, hasta el merodeo de los indios Comanches en Paso Dudoso. ¡Bah! me diréis: Europa vale más que Asia. Convengo en que Asia es una farsa; pero no sé por qué os reís del gran lema; vosotros, pueblos de Occidente, que habéis mezclado con vuestras modas y vuestra elegancia, todas las inmundicias complicadas de la majestad, desde la camisa sucia de la reina Isabel, hasta la silla retrete del Delfín. Señores humanos, yo os lo digo: ¡Naranjas! Bruselas es el pueblo que consume más cerveza, Stockholm más aguardiente, Madrid más chocolate, Amsterdam más ginebra, Londres más vino, Constantinopla más café, y París más ajeno. A esto quedan reducidas todas las naciones más útiles: París sobresale. En París, hasta los trapeiros son sibaritas; Diógenes hubiera preferido ser trapeiro de la plaza Maubert, á filósofo del Pireo. Ahora debéis saber aún más: las tabernas de los trapeiros se

llaman "bibinas"; las más célebres son la "Cacerola" y el "Matadero". Pero ¡oh! figones, bodegonos, tapones y tabernas; Chiscones, cachimares, bibinas de trapeiros, caravanserrallos de los califas, yo os pongo por testigos: yo soy voluptuoso; como en casa Richard á cuarenta sueldos el cubierto, y quiero tapices de Persia, y que sean dignos de que ruede por ellos Cleopatra desnuda. ¿Dónde está Cleopatra? ¡Ah! eres tú, Luisita. Buenos días.

Así se deshacía en palabras, abrazando á la fregona de la vajilla, en su rincón de la sala interior del café Mausain, nuestro Grantaire, algo más que "bebido".

Bossuet extendió la mano hacia él, probando de imponerle silencio, pero Grantaire continuó en su valeroso entusiasmo:

—Aguila de Meaux, ¡abajo esas patas! No me hace el menor efecto tu ademán de Hipócrates rechazando los presentes de Artajerjes. Te dispenso de calmarme. Además estoy triste. ¡Qué queréis que os diga! el hombre es malo, es deforme; la mariposa es un sér completo; el hombre fracasó. Dios la erró al hacer este animal. Una multitud es una colección de fealdades. El primre recién llegado es un miserable. "Femme" rima con "infame". Sí, tengo spleen complicado con melancolía, con nostalgia, con hipocondría. Me desespero, rabio, se me abre la boca, me fastidio, me incomodo, me aburro, me vuelvo loco. ¡Qué sabe Dios de dónde está el diablo!

—Silencio pues R mayúscula!—dijo Bossuet que estaba discutiendo un punto de derecho con otros, y que se había metido hasta medio cuerpo en una frase de la jerga forense, cuyo fin era el siguiente:

—...En cuanto á mí, que apenas soy legista y á lo más puedo pasar por procurador de afición, sostengo, que conforme á la costumbre de Normandía, el día de San Miguel, y cada año, debería pagarse un equivalente al señor, salvos los demás derechos, por todos y cada uno, tanto propietarios como herederos, por todos los enfiteusis, arrendamientos, alodios, contratos periciales hipotecarios é hipotecables...

—Ecos, ninfas plañideras,—murmuró Grantaire.

Junto á éste, y en una mesa casi silenciosa, un pliego de papel, un tintero y una pluma entre dos vasos, anunciaban que se estaba bosquejando un vaudeville.

Este importante negocio se trataba en voz baja, rozándose las dos cabezas trabajadoras:

—Empecemos por buscar los nombres. Cuando se tienen los nombres se encuentra el asunto.

—Es verdad; dicta: ya escribo.

—¿Señor Dorimón?

—¿Rentista?

—Naturalmente.

—Su hija Celestina.

—...tina. ¿Y luego?

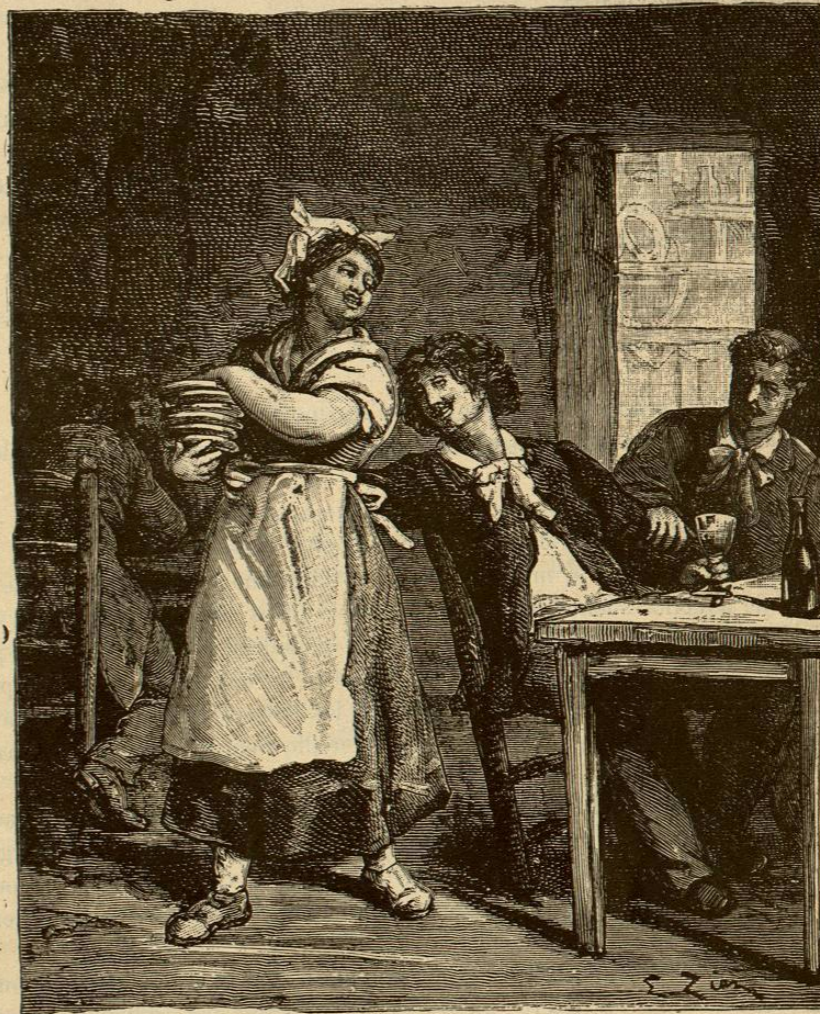
—¿El coronel Sainval?

—Sainval es muy gastado: yo le llamaría Valsain.

Al lado de los aspirantes á vaudevillistas, había otro grupo que aprovechaba también el ruido para hablar bajo; concertaban un duelo. Un viejo de treinta años aconsejando á un joven de dieciocho, le explicaba con qué especie de adversario tenía que habérselas.

—¡Diablo! No os fiéis. Es un gran espadachín. Juega muy limpio. Conoce el ataque; no pierde golpe; tiene puño, impetuosidad y golpe de vista; presto al quite, y contestación matemática. ¡Vive Dios! y es zurdo.

En el ángulo opuesto á Grantaire, estaban Joly y Bahorel jugando al dominó, y hablando de amores.



—Eres feliz,—decía Joly.—Tienes una querida que siempre se ríe.

—Pues no deja de ser una falta,—respondió Bahorel.—Las queridas hacen mal en reirse. Esto dá valor para engañarlos. Verlas alegres quita el remordimiento; al revés de si uno las ve tristes, entonces parece caso de conciencia.

—¡Ingrato! ¡Es tan buena una mujer que se ríe! ¡Y nunca os peleáis!

—Esto depende del trato que tenemos hecho. Al hacer nuestra santa alianza, nos hemos designado los términos de nuestras respectivas fronteras, que no pasamos nunca. La que está situada al cierzo, pertenece á Vaud; y la que está de la parte del viento, á Gex. De aquí la paz.

—La paz es la satisfacción de la digestión.

--Y tú, Joly, ¿cómo van tus desavenencias con la damisela...? ¿Sabes á quién aludo?

--Me rechaza con una paciencia verdaderamente cruel.

--Y sin embargo, eres un emanorado tierno y débil.

--¡Ah!

--Yo en tu lugar la plantaba.

--Esto es muy fácil de decir.

--Y de hacer. Se llama Musichetta, ¿no es eso?

--Sí. ¡Ah! pobre Bahorel; es una soberbia chica, muy leída, de pies pequeños, y diminutas manos, apuesta, blanca, torneada, con unos ojos más gitanos. ¡Me tiene loco!

--Pues, amigo mío, no hay más remedio que complacerla, ser elegante, y producir efectos de rótulo. Cómprate en casa Staub un buen pantalón de cuero, de lana. Esto da carácter.

--¿A qué precio?—gritó Grantaire.

En el tercer rincón se discutía sobre poética. La mitología pagana disputaba con la teología. Se trataba del Olimpo, y lo defendía Juan Prouvaire por rotundidad.

Juan Prouvaire solamente era tímido en los momentos de calma. Una vez excitado, estallaba; cierto sello de satisfacción acentuaba su entusiasmo, siendo á un tiempo lírico y risueño.

--No insultemos á los dioses,—decía.—Los dioses no se han ido tal vez. Júpiter dista mucho de causarme el efecto de un muerto. Los dioses son sueños, decís vosotros. Pues bien, en la misma naturaleza, tal como es hoy, después de la desaparición de aquellos sueños, se hallan de nuevo todos los antiguos mitos del paganismo. Una montaña con las apariencias de ciudadela, como Viquemale, por ejemplo, es todavía, para mí, el peinado de Cibele; no hay quien me haya probado que Pan no venga por la noche á soplar en los troncos huecos de los sauces, tapando á su vez con los dedos los agujeros; y he creído siempre que para algo está en la cascada de Pissevache.

En el último rincón se hablaba de política. Se maltrataba la Carta otorgada. Combeferre la defendía débilmente, y Courfeyrac la atacaba con dureza y energía. Estaba sobre la mesa un malhadado ejemplar de la famosa Carta Touquet. Courfeyrac la había cogido y la sacudía, mezclando á sus argumentos, el ruidoso temblor del papel.

--En primer lugar, yo no quiero reyes; aunque no sea más que desde el punto de vista económico, no los quiero; un rey es un parásito. No existen reyes gratuitos. Atended: carestía de los reyes. Al morir Francisco I, la deuda pública en Francia era de treinta mil libras de renta; á la muerte de Luis XIV, ascendía á dos mil seiscientos millones, á veintiocho libras el marco, lo que equivaldría en 1760, según Desmarests, á cuatro mil quinientos millones, llegando hoy á doce mil millones. En segundo lugar, con permiso de Combeferre, una Carta otorgada es un pobre expediente de civilización. Salvar la transición, dulcificar el pase, amortiguar la sacudida, trasladar insensiblemente la nación, de la monarquía á la democracia, por lo práctica de las ficciones constitucionales, son razones muy poco apreciab'es. ¡No, y mil veces no! ¡No alumbremos nunca al pueblo con la luz falsa. Los principios se debilitan y amortiguan en vuestra bodega constitucional. Nada

de bastardías, nada de compromisos, nada de concesiones del rey al pueblo. Todas estas concesiones tienen su artículo 14. Al lado de la mano que da, aparece la garrá que arrebatá. Rechazo vuestra Carta. Una Carta es una máscara, detrás de la cual se esconde la mentira. Un pueblo que acepta una Carta, abdica. El derecho debe ser siempre el derecho, de lo contrario, deja de ser tal derecho. ¡No! ¡Nada de Carta!

Era en invierno; dos leños chispeaban en la chimenea. Esta fué la irresistible tentación de Courfeyrac. Estrujó entre sus manos la desdichada Carta Touquet, y la echó al fuego. El papel produjo llama; Combeferre contempló filosóficamente cómo ardía la obra maestra de Luis XVIII, limitándose á decir:

--La carta metamorfoseada en llama.

Y los sarcasmos, las ocurrencias, los equívocos, y esta cosa francesa llamada "entrain", como la cosa inglesa llamada "humour", el bueno y el mal gusto, las buenas razones y las malas, los locos chispazos del diálogo, creciendo á cada paso, y cruzándose en la sala por mil encontradas direcciones, formaban sobre las cabezas allí reunidas una especie de alegre bombardeo.

V

Dilatación del horizonte.

El choque de los ingenios entre mozos, ofrece la admirable particularidad de que no se puede nunca prever la chispa, ni adivinar, el relámpago. ¿Qué va á brotar en un momento dado? Nadie lo sabe. La carcajada parte de la ternura; la gravedad surge de una bufonada. Los impulsos provienen de la primera palabra que se oye. La vena de cada uno es soberana. Un chiste basta para abrir campo á lo inesperado. Estas conversaciones son, pues, entretenimientos mudables en que la perspectiva varía de súbito. La casualidad es el maquinista de tales conversaciones.

Un pensamiento severo que surgió caprichosamente de un juego de palabras, atravesó de pronto aquella escaramuza de frases en que se tiroteaban confusamente, Grantaire, Bahorel, Prouvaire, Bossuet, Combeferre y Courfeyrac.

¿De qué modo brota una frase en un diálogo? ¿Cuál es la causa de que quede escrita con letra bastardilla en la imaginación de los que la oyen? Ya lo hemos dicho: nadie lo sabe. En medio del ruido, Bossuet terminó uno de sus apóstrofes, dirigido á Combeferre, con esta fecha:

--18 de Junio de 1815: Waterloo.

Al nombre de Waterloo, Mario, apoyado de codos en una mesa, y cerca de un vaso de agua, se quitó el puño de la barba, y empezó á mirar fijamente al auditorio.

--¡Vive Dios!—exclamó Courfeyrac ("Pardiez", iba estando en desuso en aquellos tiempos),—¡qué es extraña la tal cifra 18! y me choca. Es el número fatal de Bonaparte. Poned á Luis delante y á brumario detrás, y tendréis todo el destino del hombre, con la particularidad significativa de que el principio es pisoteado por el fin.

Enjolrás, que hasta entonces había permanecido callado, rompió el silencio, dirigiendo esta frase á Courfeyrac:

—Tú quieres decir el crimen por la expiación.

Esta palabra "crimen" pasaba los límites de lo que podía tolerar Mario, muy conmovido ya por la brusca evocación de Waterloo.

Levantóse, dirigiéndose lentamente hacia el mapa de Francia que colgaba de la pared, en cuya parte inferior se veía una isla en un cuadrito separado, y poniendo el dedo en aquel cuadrito dijo:

—Córcega, isla pequeña, que ha engrandecido á la Francia.

Fué esto un soplo de aire helado. Todos se interrumpían. Conociáse que iba á empezar algo.

Bahorel, replicando á Bossuet, estaba disponiéndose á tomar una actitud de torso, muy de su agrado; pero renunció á ella para oír.

Enjolrás, cuyos ojos azules en nadie se fijaban, pareciendo contemplar el vacío, respondió sin dirigirse á Mario:

—Francia no ha menester de ninguna Córcega para ser grande. Francia es grande porque es Francia. "Quia nominor leo".

A Mario no se le ocurrió siquiera que pudiese retroceder. Volvióse hacia Enjolrás, dejando oír su voz con una vibración proveniente del estremecimiento de sus entrañas:

—No quiera Dios que yo deprima á la Francia. Pero no es deprimirla asociarla á Napoleón. ¡Vamos á ver! Discutamos: yo soy nuevo entre vosotros, pero os confieso que me asombráis. ¿Dónde estamos? ¿Quiénes somos? ¿Quiénes sois? ¿Quién soy yo? Hablemos del emperador. Os oigo decir Buonaparte acentuando la "u" como los realistas; y os advierto que mi abuelo la acentúa mejor aún, pues dice ¡Buonaparté! Yo os creía jóvenes. ¿Dónde colocáis el entusiasmo? ¿Qué hacéis de él? ¿Qué admiráis, sino admiráis al emperador? ¿Qué más necesitáis? Si no consideráis grande á éste, ¿qué grandes hombres deseáis?

"Napoleón lo tenía todo. Era un sér completo. Su cerebro era el cubo de las facultades humanas. Hacía códigos como Justiniano; dictaba como César; en su conversación mezclaba el relámpago de Pascal con el rayo de Tácito; hacía la historia y la escribía; sus boletines son Iliadas; combinaba las cifras de Newton con las metáforas de Mahoma; dejaba detrás de él, en Oriente, palabras grandes como las pirámides; en Tilsit enseñaba la majestad á los emperadores; en la Academia de ciencias replicaba á Laplace; en el consejo de Estados se hombreaba con Merlin; daba alma á la geometría de los unos y á la argucia de los otros; era legista con los procuradores, y sideral con los astrónomos, como Cromwell, apagando una vela de dos, é iba al Temple á regatear unas borlas de cortina; todo lo veía, todo lo sabía; y esto no le impedía sonreír como el padre más bonachón al lado de la cuna de su hijo. Y de súbito, la Europa asustada escuchaba: Poníanse en marcha los ejércitos; rodaban los parques de artillería; puentes de barcas cubrían los ríos; nubes de caballería galopaban en el huracán; por todas partes gritos, trompetas, temblor de tronos; oscilaban las fronteras de los reinos en el mapa; se oía el ruido de una espada sobrehumana salir de la vaina; veíasele á él elevándose sobre el horizonte con una llama en la mano, y un fulgor en los ojos, desplegando en medio del trueno sus dos alas, es decir, el grande ejército y la guardia veterana. ¡Era el arcángel de la guerra!"

Todos callaban, y Enjolrás bajaba la cabeza. El silencio produce siempre alguna equiescencia, ó por lo menos una especie de tregua. Mario, casi sin tomar aliento, continuó con un entusiasmo creciente:

—¡Seamos justos, amigos míos! ¡Qué brillante destino el de un pueblo, ser el imperio de semejante emperador, cuando ese pueblo es Francia, y asocia su genio al genio del grande hombre! Aparecer y reinar, marchar y triunfar, tener por etapas todas las capitales, hacer reyes de sus granaderos, decretar caídas de dinastías, transfigurar la Europa á paso de carga; que sientan, cuando amenazáis que ponéis la mano en el pomo de la espada de Dios; seguir en un solo hombre á Anibal, á César y á Carlo Magno; ser el pueblo de un hombre que mezcla en todas vuestras auroras la noticia esplendente de una victoria, tener por despertador el críon de los Inválidos; arrojar en abismos de luz palabras prodigiosas que han de brillar siempre: Marengo, Arcola, Austerlitz, Jena, Wagram; hacer á cada instante aparecer en el zenit de los siglos constelaciones de nuevos triunfos, dar el imperio francés por contrapeso al imperio romano; ser la gran nación y producir el gran ejército; hacer volar las legiones por todos los pueblos, así como una montaña envía á todas partes sus águilas; vencer, dominar, fulminar; ser en medio de Europa, una especie de pueblo dorado á fuerza de gloria; tocar al través de la historia un redoble de titanes; conquistar el mundo dos veces, por conquista y deslumbramiento; esto es sublime. ¿Hay algo más grande?

— Ser libre,—dijo Combeferre.

Mario bajó á su vez la cabeza; esta palabra sencilla y fría, atravesó como una hoja de acero su épica efusión, y la sintió desvanecerse dentro de sí. Cuando alzó los ojos, Combeferre ya no estaba allí. Satisfecho indudablemente de su réplica á la apoteosis, acababa de salir, y todos, excepto Enjolrás, le habían seguido.

La sala se quedó vacía. Enjolrás, á solas con Mario, le miraba gravemente. Mario, sin embargo, habiendo ordenado un poco sus ideas, no se daba por vencido. Había en él un resto de entusiasmo que iba á traducirse sin duda, en silogismos desplegados contra Enjolrás, cuando se oyó cantar en la escalera á uno que se retiraba. Era Combeferre, y he aquí lo que cantaba:

Si César me hubiera dado
La gloria de las batallas,
Obligándome á dejarle
El cariño de mi madre,
Le hubiera dicho al gran César:
Recoge el cetro y el carro,
Que yo prefiero mi gusto,
Como prefiero á mi madre.

El tierno y severo acento con que cantaba Combeferre, daba á su canción cierta grandeza particular. Mario, pensativo, mirando al techo, repitió casi maquinalmente: ¡Mi madre...!

En este momento sintió sobre el hombro la mano de Enjolrás.

—Ciudadano,—le dijo Enjolrás,—mi madre es la república.